El colibrí que ofrecía una gota de más

Relato original · Shyvirelle

El colibrí Tilo iba y venía sobre una mesa de hojas anchas. Había invitado a los animales del claro a celebrar la primera tarde sin viento y quería que a nadie le faltara bebida.

Puso cuencos pequeños para las mariposas, otros más hondos para los pájaros y uno bajo, de barro, para la tortuga. Después llevó una jarra de agua dulce de flor en flor, de un extremo de la mesa al otro.

—Un poco para ti, y una gota de más —decía al servir.

A la mariposa le quedó el cuenco casi lleno. Intentó beber, pero el agua le mojó las puntas de las alas. El mirlo, que había pedido solo un sorbo antes de cantar, apartó el suyo. Dos invitados que llegaron después se quedaron al final de la mesa esperando un recipiente limpio.

Tilo no los vio. Estaba ocupado ofreciendo otra gota a los primeros. Cada vez que un cuenco parecía completo, él añadía una por si alguien deseaba repetir. Pronto hubo pequeñas manchas de agua sobre las hojas y una fila de recipientes que nadie tocaba.

La tortuga Ada levantó su cuenco todavía vacío.

—¿Podrías venir un momento?

Tilo descendió a su lado.

—Te traeré uno lleno. Y una gota de más.

—No sé si podré beber tanto. Hoy solo quiero mojarme la boca.

—Pero es una fiesta —respondió el colibrí—. Quiero darte lo mejor.

Ada miró la mesa. La mariposa alzaba las alas sobre el cuenco y el mirlo buscaba un lugar seco donde apoyar las patas. Al final, dos invitados seguían esperando.

—Lo mejor para mí es un sorbo —dijo Ada—. ¿Y si preguntas cuánto quiere cada cual antes de servir?

Tilo se quedó quieto en el aire. Desde allí pudo ver toda la mesa y, por primera vez, notó los cuencos que regresaban casi llenos.

A la mariposa le cambió el recipiente por una hoja poco profunda. Al mirlo le sirvió apenas lo suficiente. A los que esperaban les acercó los cuencos limpios. No añadió nada después de la respuesta de cada uno.

Cuando terminó aquella ronda, aún quedaba agua dulce en la jarra. Tilo la puso en el centro, al alcance de quien quisiera repetir, y por primera vez apoyó sus patas en una rama.

Ada acercó su cuenco.

—Ahora sí, otra gota, por favor.

Tilo se levantó y se la dio. Luego volvió a la rama. En vez de volar de un lado a otro, escuchó al mirlo empezar su canción, vio a los recién llegados acomodarse y bebió él también.

Al caer la tarde, los invitados recogieron los cuencos. La jarra permaneció a medio llenar. Tilo no se sintió obligado a vaciarla: saber que estaba allí bastaba para quien necesitara otra porción.